

LA LLAMA DEL RENACER

La ciudad de Necrom respiraba humo. Desde las alturas, parecía un animal moribundo, cubierto de heridas luminosas que palpitaban en un cuerpo de acero. Los cielos, teñidos de gris permanente, se curvaban sobre sus torres como un manto opresivo. El aire era denso, metálico, impregnado de ozono y polvo. Calles rotas y avenidas colapsadas se enredaban entre edificios de concreto negro y acero corroído, donde grafitis incandescentes iluminaban fachadas desgastadas y vidrios rotos reflejaban la luz amarilla de lámparas parpadeantes. Tubos y cañerías sobresalían como costillas mecánicas, goteando líquidos que chispeaban al tocar charcos contaminados.

En el corazón de aquel leviatán urbano, la Torre Central se alzaba como una aguja destinada a perforar los cielos. Brillaba con una frialdad azulada que no pertenecía al mundo de los vivos. Era el símbolo del progreso, del poder... y de la arrogancia de los hombres. Sus reflejos se extendían sobre calles desiertas, donde los vehículos oxidados yacen volcados, rodeados de sombras que se retorcían con el viento que arrastraba ceniza y restos de neón fundido.

Bajo su estructura, tres científicos observaban con reverencia los monitores. En el centro de la sala, suspendida dentro de una cápsula de cristal, una mujer flotaba entre el líquido amniótico que la sostenía. Su cuerpo desnudo estaba conectado por cientos de filamentos luminosos que penetraban en su piel, drenando su energía vital como raíces chupando savia de la tierra.

—Cien por ciento —anunció el más viejo de ellos, sin apartar la mirada de los valores fluctuantes—. La luz volverá a Necrom.

Los otros dos contuvieron la respiración. La cápsula comenzó a vibrar; la luz en su interior creció hasta llenar la estancia con un resplandor dorado que cegaba. Terra —ese era su nombre, aunque ellos la llamaban Receptáculo Alfa— se arqueó dentro del cilindro. Su rostro, antes sereno, se deformó en un gesto de dolor puro.

La energía brotó de su cuerpo en forma de grietas incandescentes. Debajo de su piel se abrían fisuras que revelaban un interior imposible: un mar de estrellas comprimidas en carne humana. La sustancia dorada se extendió por los cables hasta llegar al Generador Central.

Y entonces, Necrom despertó.

Las luces, apagadas durante años, se encendieron en un parpadeo colectivo. Desde los distritos más pobres hasta los santuarios del Consejo, cinco columnas de energía se elevaron hacia el cielo y se unieron en una cúpula resplandeciente.

De su epicentro emergió el holograma del Gran Canciller. Su voz llenó las calles, vibrando sobre las ruinas.

—¡Ciudadanos de Necrom! —tronó—. ¡La llama del renacer brilla de nuevo!

La multitud se arrodilló. Los sacerdotes de la Llama Eterna extendieron los brazos, entonando el mantra que todos conocían desde el nacimiento:

—De la oscuridad a la luz, de la muerte al renacer.

Pero mientras los hombres celebraban, Terra gritaba.

Su voz se perdió tras el vidrio, ahogada por el líquido y por la indiferencia. De su frente brotaron cuernos transparentes, y su cuerpo comenzó a deshacerse entre ráfagas de luz y sombra.

—No soy lo que creen... —susurró con un hilo de voz—. Por favor...

Los científicos no la oyeron. Uno lloraba de emoción; otro abrazaba al viejo maestro. Ninguno vio cómo una lágrima se desprendía de su mejilla, flotaba unos segundos en el líquido amniótico... y se disolvía.

Esa noche, Necrom festejó su "renacer".

Las pantallas mostraban los cielos iluminados, la cúpula refulgente, el rostro sonriente del Canciller.

Nadie vio el pequeño desgarró que se abrió en un callejón del distrito industrial, una grieta que tragaba polvo, luz, y finalmente sonido.

El universo había empezado a resquebrajarse.

Días después, en las ruinas del límite urbano, Lior observaba la anomalía desde su escondite.

La llevaba grabada en la retina: un corazón de vacío, flotando entre dos realidades. Su dispositivo vibró con una advertencia roja:

ANOMALÍA DIMENSIONAL DETECTADA.

PATRÓN BIOENERGÉTICO DESCONOCIDO.

El reflejo azulado de la grieta iluminó su rostro. Tenía ojeras marcadas, los labios secos, y una cicatriz delgada sobre la ceja izquierda.

—Interesante —murmuró—. Muy interesante.

Regresó a su refugio cuando el sol muerto de Necrom empezó a ocultarse tras el polvo. Caminó con la capucha baja, esquivando a los niños que hurgaban en la basura y a los ancianos que extendían manos mecánicas pidiendo limosna.

«Esto ya no es una ciudad», pensó. «Es un cementerio con luces».

Entró en su apartamento, una fortaleza improvisada entre edificios colapsados. La puerta lo reconoció al instante. Dentro, los cables se enredaban como raíces vivas; las pantallas flotaban sobre el aire, proyectando datos y fragmentos de mapas energéticos.

Lior dejó caer la mochila sobre la mesa, se quitó la capa y conectó su terminal. Mientras mordía un trozo de pan duro, observó los monitores con el ceño fruncido.

En uno de ellos, un mapa holográfico mostraba picos de energía extendiéndose desde la Torre Central hacia todo Necrom.

El nombre de Terra aparecía en una ventana lateral.

Otra lectura mostraba las grietas creciendo con cada descarga del Generador.

«Cada vez que extraen su energía», pensó, «la realidad se resiente un poco más».

Abrió las cortinas. En la pared, un panel de investigación cubría casi toda la superficie: fotografías de científicos, recortes de periódicos, esquemas y líneas rojas conectando nombres. En el centro, una imagen de Terra dentro de la cápsula.

Su rostro parecía dormido. Pacífico. Casi humano.

Lior tocó el cristal de la fotografía.

«No mereces ser una fuente de poder. Mereces vivir».

El computador pitó.

PROYECCIÓN DE COLAPSO DIMENSIONAL: 24 HORAS.

Lior cerró los ojos, respiró hondo. Luego barrió la mesa, extendió un plano de la Torre Central y marcó rutas de acceso en rojo.

—No queda otra —susurró—. Tendré que entrar.

La Torre Central lo recibió con su grandeza de templo. Los suelos brillaban como espejos; las columnas de mármol sintético reflejaban la luz blanca de los paneles superiores. Todo era orden, perfección, y silencio.

Lior caminaba con paso seguro. Llevaba un uniforme azul de técnico y una máscara que le cubría el rostro. Su identificación falsa parpadeaba con el nombre: Dr. Martin Kellor.

El lector biométrico destelló en verde.

«Primer obstáculo superado», pensó mientras el ascensor lo elevaba por los pisos interminables.

Dentro, el silencio era casi religioso. Podía oír el murmullo lejano de los servidores, el zumbido eléctrico del generador.

Revisó su dispositivo oculto bajo la manga. El objetivo estaba claro: desconectar a Terra del núcleo.

El ascensor se detuvo con un suspiro neumático.

Un pasillo blanco se extendía ante él. Dos guardias conversaban al fondo.

Lior activó su interferidor; las cámaras chispearon y se apagaron.

—Hora de la comida —dijo uno de los guardias.

El otro rió, y ambos se marcharon sin sospechar.

Lior cruzó el pasillo y entró en el laboratorio. Decenas de científicos trabajaban entre el zumbido de máquinas. Nadie levantó la vista.

—Martin, ¿vienes por pizza? —preguntó uno.

—Enseguida —respondió Lior, imitando el tono distraído del verdadero Kellor.

Esperó el momento preciso. Cuando su homónimo se apartó hacia el depósito, Lior lo siguió. Un golpe seco. Silencio.

—Lo siento —murmuró, arrastrando el cuerpo bajo una mesa—. No tengo tiempo para explicaciones.

Y entonces la vio.

La cápsula dominaba el centro del laboratorio, bañada en una luz dorada tenue. Dentro, Terra flotaba. Sus ojos cerrados, su respiración leve, su piel resplandeciendo con grietas de luz líquida. Parecía un ser hecho de amanecer.

Lior se acercó despacio, casi con reverencia.

Sus dedos temblaron sobre el panel de control.

—Voy a sacarte de aquí —susurró.

El sistema respondió con una voz metálica:

DESCONEXIÓN INICIADA.

ACTIVANDO BATERÍA AUXILIAR.

Los cables se apagaron uno a uno. El líquido se calmó.

Y entonces, ella abrió los ojos.

Eran dorados. Reptilianos.

Y lo miraban directamente al alma.

El vidrio estalló en mil fragmentos. Una ola de energía lo lanzó contra el suelo. El calor era insoportable.

Terra cayó de pie, rodeada de vapor y chispas. El metal bajo sus pies se derretía lentamente.

—Maldición... eso no estaba en el plan —jadeó Lior, levantándose.

—¿Estás con ellos? —preguntó ella. Su voz temblaba, pero tenía un filo oculto, como el de una espada recién forjada.

—No. Vine a detenerlos.

Terra lo observó. Su cuerpo temblaba, oscilando entre carne y fuego.

Por un momento, algo en su interior se calmó. Las llamas doradas comenzaron a apagarse.

—¿Entonces eres un amigo?

—Digamos que sí —respondió con una media sonrisa.

Ella bajó la mirada. Su forma demoníaca se desvaneció y quedó de nuevo humana, temblorosa, frágil.

Lior se quitó la chaqueta y se la tendió.

—Toma esto.

—Gracias —murmuró ella, cubriéndose los hombros.

El instante de calma se quebró con una alarma ensordecedora.

INDIVIDUO NIVEL OMEGA LIBERADO.

—Perfecto —dijo Lior, resignado—. Ya nos descubrieron.

Terra retrocedió, presa del pánico.

—¡No quiero volver ahí!

—Tranquila —dijo él, con suavidad—. Nadie va a hacerlo.

Ella respiró profundamente. El fuego en sus venas se apagó.

—Ayúdame a bloquear la puerta.

Juntos empujaron muebles, bancos, equipos. Terra lo hacía con una fuerza antinatural; los objetos flotaban unos segundos antes de caer.

Lior, mientras tanto, insertó un virus en el sistema.

INTRUSIÓN DETECTADA.

—¿Eso es malo? —preguntó ella, con inocencia.

—Solo si te gusta la seguridad —respondió él con una sonrisa fugaz—. Tenemos treinta minutos.

El retumbar de botas resonó en el pasillo.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Terra.

—Por ahí —dijo él, señalando un ducto de ventilación.

El aire dentro era sofocante. El metal vibraba con cada paso que daban los soldados bajo ellos.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó ella en voz baja.

—Porque si no lo hago, todo esto muere.

—¿Qué?

—Tu energía está rompiendo nuestra realidad. Si no te llevo a tu dimensión antes de veinte horas, Necrom desaparecerá.

Ella guardó silencio. Cuando emergieron en un almacén vacío, lo miró con culpa.

—Entonces debo dejar de usar mis poderes.

—Sí. Cada vez que lo haces, las grietas crecen.

—Lo siento —dijo, y su voz se quebró.

Lior le puso una mano en el hombro.

—No es tu culpa. Este mundo ya estaba condenado.

Salieron por una compuerta lateral. La noche los envolvió con su aliento tóxico. Drones de patrulla surcaban el cielo como insectos eléctricos.

«Alerta. Intruso Nivel Omega en fuga», repetían los altavoces.

—¿Falta mucho? —preguntó ella, jadeante.

—No —respondió Lior—. Ya llegamos.

Ante ellos se extendía una zona industrial abandonada. Torres oxidadas, grúas congeladas en el tiempo, y contenedores que el viento hacía chirriar.

El aire vibraba con una electricidad invisible.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Una anomalía —respondió Lior—. La más grande que he visto.

Abrió un portón metálico. Tras él, la grieta dimensional se alzaba como una herida viva en el aire. Latía, respiraba. Dentro, se veían fragmentos de otro mundo: cielos con tres soles, campos de cristal donde árboles de vidrio reflejaban colores imposibles, y ríos de luz líquida que serpenteaban como mercurio, mientras ecos de voces y murmullos atravesaban el vacío. Las montañas flotaban suspendidas en fragmentos de espacio, y nubes doradas giraban lentamente, cortando el horizonte con geometrías imposibles. Un olor eléctrico llenaba el aire, mezclado con el aroma metálico del polvo y el calor incandescente que irradiaba de la grieta, como si el mundo mismo respirara fuego y magia simultáneamente.

Terra avanzó despacio. Su cuerpo reaccionaba, las grietas en su piel brillaban.

—La siento... me llama.

—Entonces es nuestro boleto de salida —dijo él, ajustando su dispositivo—. Solo necesitamos—

Un haz de luz los cegó.

Un aerodeslizador militar descendió, rodeado por escuadrones armados.

—¡Deténganse! ¡El Receptáculo debe ser recuperado!

Lior se colocó delante de Terra.

—¡Ella no es una máquina! ¡Es un ser vivo!

El oficial se quitó el casco. Mitad rostro, mitad acero.

—La supervivencia de Necrom está por encima de tu compasión.

Los soldados rodearon a la pareja. Uno informó:

—Inestabilidad creciente, señor. Las lecturas se disparan.

—Conténganla —ordenó el capitán—. Que el técnico muera si es necesario.

Terra tembló.

Las grietas de su cuerpo se encendieron una vez más.

—No volveré a esa prisión —dijo, y su voz resonaba con ecos imposibles.

—¡Terra, no! —gritó Lior.

Demasiado tarde.

Una explosión de energía dorada sacudió el suelo. Pedazos de metal y escombros volaron, creando una lluvia de chispas y fuego que iluminó las ruinas circundantes. Terra flotaba en el centro, con alas de luz desplegándose como pétalos de un universo desconocido. El aire vibraba con intensidad.

—¡Suficiente! —tronó, con la fuerza de un dios emergiendo de las sombras.

El aerodeslizador intentó escapar, pero una de sus alas de energía lo atravesó en un destello cegador. La detonación iluminó los cielos grises y se sintió hasta los rincones más oscuros de Necrom. El calor era insoportable; el metal bajo sus pies se derretía lentamente.

Cuando la luz se calmó, Terra cayó de rodillas, exhausta.

—Es... lo último que me queda —susurró, con voz quebrada.

Lior corrió hacia ella, esquivando los escombros que seguían cayendo. La sostuvo entre sus brazos.

—Resiste. Estamos cerca —jadeó.

Frente a ellos, la grieta dimensional latía con violencia. El puente que los conectaba al portal se había desplomado, dejando un abismo que parecía tragar el mundo entero.

—Maldición... —Lior buscó otra ruta, pero no había ninguna.

—Me está reconociendo —susurró ella.

El suelo tembló y el aire se torció en remolinos de polvo y chispas.

—Tu energía está acelerando el colapso —dijo Lior.

Ella apoyó una mano sobre su pecho, y un símbolo de luz se grabó bajo sus dedos, irradiando una barrera protectora.

—Esto te protegerá —susurró.

Naves militares se acercaban, disparando sin cesar.

—No hay tiempo. Tendrás que saltar —dijo Lior.

Terra vio la sangre en su costado.

—Estás muriendo.

—No importa. Si te quedas, todo muere contigo.

Ella le tomó el rostro entre las manos.

—Te encontraré. Lo juro.

—Confío en ti —respondió él.

Antes de lanzarse, Terra lo miró.

—Gracias —dijo, y su voz resonó como un juramento sagrado.

Corrió, saltó y tocó la grieta. Su cuerpo se disolvió en luz pura. No murió: renació.

Dentro del portal vio fragmentos de su mundo: los tres soles brillando en el cielo cristalino, los rostros de los suyos, la sombra de Lior sonriendo.

«Lior... me haré más fuerte. Te encontraré».

La grieta se cerró con un rugido final, y el pulso de energía arrasó el recinto, apagando todas las luces de la Torre Central.

Lior, exhausto y herido, cayó de rodillas.

—Lo lograste... —susurró.

El símbolo en su pecho brilló una última vez, dejando una cicatriz luminosa.

El capitán emergió entre los escombros, apuntándole con un arma.

—Has condenado a Necrom —dijo—. ¿Sabes cuántas vidas costará esto?

Lior lo miró sin miedo.

—¿Y cuántas costaba mantenerla prisionera?

El disparo resonó como un trueno. Lior cayó hacia atrás. La oscuridad lo envolvió mientras escuchaba la voz del capitán:

—Por Necrom, las que sean necesarias.

Moribundo, sonrió.

«El portal se cerró. Ella volvió. Eso basta por ahora».

Cerró los ojos.